

Una coartada metodológica

*Abordajes cualitativos en la investigación
en comunicación, medios y audiencias*

Guillermo Orozco Gómez

Rodrigo González Reyes

Este hecho requiere desmontar, por medio de *prácticas empíricas*, las relaciones causales que intervienen en su funcionamiento, para entonces obviarlos y volverlos cognoscibles.

Visto desde aquí, cuando el sujeto intenta conocer al objeto, la relación aparece como algo opaco, pues es una relación mediada, o lo que es lo mismo, que entre sí verifica la presencia de elementos a los que llamaremos *categorías*, que modifican la forma en que se proyecta esta relación y que no son del todo obvias. Desde esta concepción, las categorías son todas las contingencias contextuales o accidentales que afectan al sujeto y al objeto en su relación, como el tiempo (por ejemplo, ¿cuánto tiempo puede conocer el sujeto al objeto antes de que se modifique?), la cantidad (¿cuántos sujetos conocen a cuántos objetos?), o la cualidad (¿son todos los objetos cognoscibles desde la misma postura?). Las categorías, como también se intuye, serían tantas como la realidad posea, aunque en términos prácticos están limitadas por la capacidad que el investigador (sujeto) tenga para percibir las en la realidad que analice.

Con esta perspectiva de fondo, en una investigación, las relaciones epistemológicas son de dos tipos: *relaciones teóricas* y *relaciones metodológicas*. Comenzamos con las teóricas para posteriormente pasar a las metodológicas.

Las relaciones teóricas

Cuando nos acercamos a una realidad que queremos desmontar y analizar científicamente, muy frecuentemente partimos de presupuestos formales sobre esa realidad. Esos presupuestos suelen estar bien organizados y proponen explicativamente una forma de funcionamiento del mundo o de algo en el mundo. A este conjunto de presupuestos organizados lo llamamos *teoría*, y a la forma en que explica las relaciones entre sujetos, categorías y objetos se le denomina *relaciones* o

implicaciones teóricas. En ese sentido, la teoría (o teorías) son relatos o discursos explicativos sobre el funcionamiento de algún aspecto de la realidad, y operan como “atajos cognitivos” que, en lugar de ponernos al inicio de todo, proponen al investigador pistas y acotamientos en su recorrido (que resultarían reales o no, como ya se verá) sobre la naturaleza del fenómeno a estudiar y sus posibles rutas de desmontaje.

En tanto relatos o discursos explicativos, las teorías se componen de proposiciones que, en conjunto, explican argumentativamente algún fenómeno. Las proposiciones, a su vez, son enunciados posibles, es decir, lógicos, y se construyen a partir de conceptos o unidades descriptivas mínimas sobre las cualidades de la realidad; así, podemos sintetizar que una teoría es un conjunto de enunciados posibles que, organizados lógicamente y sistemáticamente a través de la concatenación causal de conceptos, describe las operaciones de funcionamiento de alguna parte de la realidad y las relaciones de conocimiento que sobre ésta guardan sujetos, categorías y objetos.

La teoría, una entidad que simultáneamente explica y es explicada

Aunque las relaciones teóricas suelen ser muy útiles para reducir los tiempos y las operaciones cognitivas de producción de conocimientos (pensemos qué tan lenta sería la acumulación de conocimientos si cada vez que estudiáramos un fenómeno partiéramos siempre de cero), hay que entender que las teorías son propuestas explicativas, y que, como tales, serían falibles o encontrarían límites de validez. De otra manera las teorías, al mismo tiempo que intentan explicar algo, en sí mismas serían objeto de explicación y verificación por parte de otro sistema de producción de conocimientos. Este hecho, aunque de entrada es un poco difícil de comprender,

vale la pena obviarlo, pues es un error común que a veces llega a costar años de atraso en el aprendizaje de la investigación de los jóvenes estudiantes, pues comúnmente se suele dar por sentado que la teoría sólo sirve para intervenir, como si ésta fuera ajena a la evolución de los sistemas de conocimiento o a la acción de la propia actividad científica (recordemos que la teoría es también un objeto de indagación científica y filosófica, y que esto tiene consecuencias; si nadie hubiera cuestionado la física newtoniana, sencillamente no existiría hoy la física cuántica, y seguiríamos leyendo todo a partir de manzanas que caen). Así, al momento de ser construidas y enunciadas, las teorías llevan implícitas dos condiciones irrenunciables: 1) ofrecer explicaciones posibles y 2) quedar sometidas al posible rechazo o modificación de sus enunciados a través de las operaciones empíricas de comprobación del mismo investigador o de otros.

Esto tiene consecuencias prácticas para quien las elige y las pone a funcionar, pues cuando elegimos una teoría o grupos de teorías es como subirse a un barco: si el barco flota, flotamos junto con él, pero si se hunde, también nosotros nos vamos a pique.

Así, cuando usamos una teoría o un grupo de éstas, quizás, a la vez que intentemos explicar el funcionamiento de un hecho, comprobemos o reafirmemos la validez de las proposiciones en las que se basa la teoría y con ello, además, expliquemos parte del fenómeno que queremos analizar, pero también es posible que encontremos un límite de validez o que encontremos deficiencias de validez en toda la teoría o de algunas de sus proposiciones.

Si esto sucediera, significaría que esos constructos no tenían solvencia teórica suficiente, quedándonos entonces como únicas alternativas rescatar las explicaciones no falsadas, encontrar otras explicaciones antes propuestas (que

serían, entonces, otras teorías, y a esta forma de actuar le llamaremos procedimiento deductivo), o bien, comenzar de cero a inferir relaciones a partir de procesos empíricos desde el trabajo de campo y entonces, con base en los datos obtenidos, buscar diferentes relaciones causales entre sí, generar nueva teoría sobre ese fenómeno, aportándole así nuevas explicaciones tanto al campo teórico de ese fenómeno como al fenómeno puntualmente analizado (y a este procedimiento le llamaremos *procedimiento inductivo*). Recordando las palabras del eminente epistemólogo austriaco Karl Popper, “toda teoría nunca es verdadera, sino sólo momentáneamente no falsa” (Popper, 2005).

Como podemos intuir desde ahora, ya que las teorías y las relaciones teóricas se modifican y aparecen nuevas formas de explicación, es común que una misma realidad se explique desde dos o más teorías, y éstas sean mutuamente excluyentes o complementarias. El papel del investigador es, justamente, estudiar a fondo la mayor cantidad de ofertas teóricas disponibles, contrastarlas, encontrar sus falencias, contradicciones, utilidades potenciales e imbricaciones posibles, para entonces elegir una teoría o una combinación de éstas y ponerlas a actuar sobre la realidad que se desea investigar, para entonces, a la vez, intentar producir nuevos conocimientos y, colateralmente, ir normalizando la validez de una teoría.

Teorías y modelos: ¿desarmadores o martillos?

En la literatura científica, pero sobre todo en la no científica, es común encontrar que se confundan los términos teoría y modelo, conceptos que, aunque relacionados, remiten a asuntos distintos. En términos generales, diríamos que un modelo es la abstracción en la que quedan formalizadas un conjunto de relaciones conceptuales sobre una realidad o un fenómeno,

y en ese sentido son esquemas de representación, en tanto que una teoría no sólo representa las relaciones entre sí, sino también las formas en que se construyen esas relaciones. En otras palabras, los modelos son entidades explicativas (explican instrumentalmente algo mediante la formalización de sus relaciones y luego se esquematizan), en tanto que las teorías son entidades metaexplicativas (o que explican cómo explican lo que explican).

Como se puede adelantar, no suele haber consenso sobre qué teorías son en realidad teoría o acerca de si un modelo lo es formalmente, en tanto que los límites entre uno y otro términos son muy subjetivos. En ese sentido, baste decir que si un sistema explicativo únicamente expone las relaciones formales entre los conceptos que explican una realidad, hablamos de un modelo; mientras que si ese sistema no sólo explica cómo un concepto se une a otro para explicar una parte de la realidad, sino que además construye sus propias explicaciones para obviar las relaciones causales que dan lugar a esas relaciones conceptuales, entonces estamos frente a una teoría.

Explicado este punto es importante hacer ver que algunos estudiantes y jóvenes investigadores suelen preguntarse, cuando llegan a obviar este problema epistemológico, qué es mejor: si utilizar una teoría o un modelo, y en ese mismo orden de ideas la respuesta se ejemplificaría con otra pregunta: qué es mejor ¿un martillo o un desarmador? Y la respuesta depende, como ya nos damos cuenta, de si tenemos que vérnoslas con un clavo o con un tornillo; visto así, la teoría y los modelos son también herramientas cognitivas, son instrumentos prácticos que nos ayudan a mejorar los procesos por medio de los cuales proveemos de explicaciones a la realidad y, como tales, tienen funciones especiales y operativas, pero también límites y especificidades.

Así, tomando el ejemplo del martillo y el desarmador, es claro que si nos empeñamos en meter un clavo con un desarmador o un tornillo con un martillo, lo más probable es que lo logremos al fin de un tiempo, si bien los resultados no serán ni los mejores ni los más prácticos. De la misma manera debe quedar claro que hay fenómenos observables y analizables profunda y limpiamente a través de la aplicación de un modelo, en tanto que ciertos objetos de investigación precisan del alcance solvente de teorías.

Como guía práctica, digamos que utilizar grandes teorías para fenómenos muy acotados es tan útil y práctico como intentar matar una mosca a cañonazos. En ese sentido, algo que ningún manual explica, sino que corresponde a las habilidades que vivencial e intuitivamente debe desarrollar todo investigador, es el desarrollo de la sensibilidad para medir las dimensiones y alcances de los componentes teóricos de una investigación, así como los potenciales tamaños y complejidades de los fenómenos a analizar, quedando claro que, conforme avanza la experiencia del investigador y aumenta su acervo teórico, estos ejercicios de medida y aplicación se van volviendo más claros, precisos y eficaces.

Las relaciones y el problema conceptual de la metodología

Volviendo al punto de partida, y una vez explicadas las relaciones teóricas, expliquemos las relaciones metodológicas. Al igual que las teóricas, las relaciones metodológicas son operaciones epistemológicas que intentan ver las relaciones entre sujetos, objetos y categorías, si bien éstas no están enfocadas en construir explicaciones, sino en aplicarlas para obtener datos sobre la realidad investigada.

Otro problema común cuando se aprende a hacer investigación es la definición del término metodología, que suele